



★
REGIÓN METROPOLITANA

Un Consomé para la novia

Antonia Paz Lagos Novoa

Cuando Andrés le dijo a mi madre que tendrían que postergar la boda no estaba muy feliz. Ella había estado muy emocionada haciendo los preparativos, mandando invitaciones, haciendo una dieta estricta para poder ocupar el vestido de sus sueños en el cuerpo ideal (ideal según ella, porque para mí, mi madre era guapísima, tanto como para ser modelo).

Volviendo al tema de la boda... Andrés era un hombre muy bueno y amable. Era inteligente y trabajador, y *todo un caballero*, como solía decir mi abuela. Mi madre era feliz cuando estaba con él. Incluso sonreía más que cuando estábamos las dos solas... Así que cuando me dijeron que se casarían, yo estaba muy feliz por ambos; incluso empecé a hacer un regalo para dárselos en el día especial como una sorpresa.

Entonces, claro que hizo un pequeño escándalo cuando Andrés llegó con la noticia. Mi madre estaba absolutamente indignada, la boda era en dos días más y según ella: “¡No podemos cambiar la fecha ahora!”. Pero las preguntas y quejas de mi madre se callaron cuando él le contó que su tío favorito había fallecido, y que tendrían que ir al velorio en Chillán. Después de eso, mi madre preparó una maleta para mí y para ella, y nos fuimos sin decir ni pío con Andrés, derecho a Chillán.

—Entonces... vamos, nos quedamos dos días, y nos devolvemos, ¿no es así?
—preguntó ella.

—Claro... no te preocupes, mi amor, son buenas personas.

—Eso espero. La verdad, estoy nerviosa, nunca había estado en el campo antes.

—Te sorprenderás, estoy seguro de que te encantará.

—¿Podré ver caballos? —pregunté tímidamente, ya que siempre fui algo así.

—Claro que sí, Aurora; también hay patos, vacas y chanchitos allí —dijo Andrés con su sonrisa característica.

—Recuerda ser cordial con todos, no vamos de vacaciones, vamos a dar nuestras condolencias. Será un ambiente triste, pero no te preocupes, solo no seas muy ruidosa —me advirtió mi madre.

Creo que ella también estaba nerviosa, más que yo, ya que no conocía muy bien a la familia de su novio y quería dar una buena impresión. Andrés nos tranquilizó a ambas con algunas bromas y nos subimos al bus que nos llevaría al sur.

Salir de Santiago por primera vez fue algo espectacular, jamás había estado fuera de la ciudad. Y ver todos estos paisajes nuevos me hizo entender por qué mi profesor de Historia siempre decía lo afortunados que éramos en vivir en un territorio tan lleno de vida y paisajes; estaba realmente hipnotizada con todo lo que veía.

Llegamos a una casita vieja, pero bastante grande. El jardín estaba lleno de flores y decoraciones antiguas y curiosas. Mi madre me regañó diciendo que no tocara nada cuando intenté acercarme a una figurita de cera.

Andrés tocó la puerta con dos toques suaves y esperó un momento. La puerta se abrió y un señor de edad apareció; al vernos, su cara se iluminó.

—Vaya vaya, ¡Así que ella es la afortunada que se casará con mi sobrino! — dijo el señor, mirando a mi madre, y pude ver cómo ella abrió los ojos algo sorprendida con sus palabras.

— Hola, tío Pedro, ¿cómo está la tía Daniela? —preguntó Andrés, después de darle un larguísimo abrazo.

— Está triste y decaída, por supuesto; no todos los días se muere tu marido, pero pasen, ¡todos quieren conocer a la novia!

Cuando entramos, pude ver a un montón de personas, muchísimas. Y estaban conversando entre sí; algunos sostenían platos pequeños en sus manos.

Había una habitación en donde pude ver que estaba el ataúd, pude ver más personas rodeándolo y varias de ellas llorando. Andrés me contó que no eran familiares, sino que “lloronas”, es decir, mujeres que se dedicaban a llorar en los velorios para ayudar al alma del difunto, y así reemplazar a los familiares para que estos pudieran atender a la gente que venía. “Es tradición en los velorios y funerales del campo”, me dijo, y yo quedé impresionada con eso. Pero si no fuera por esa habitación, hubiera dicho que estábamos en una reunión familiar. Era un ambiente confuso, no sabía si sonreír, reír o mantener mi cara seria de tristeza. Ellos conversaban, reían y contaban anécdotas del difunto tío (y había muchas y muy buenas, jaja).

Mi madre no me dejó ir, más bien, no me soltó la mano en ningún momento; mientras tanto, todos se dirigieron a saludar a Andrés y a mi madre. Algunos me dieron pequeños golpes amistosos en la mejilla mientras decían: “Qué linda esta niña”. Andrés pasó a la sala donde estaban velando a su tío para saludar a su tía Daniela y consolarla. Mi madre quiso seguirlo para darle el pésame, pero en cambio, las tías y primas de Andrés la sentaron y empezó todo un bullicio y emoción en torno a ella.

—Miren qué pálida está la pobre, ¡TRAIGAN ALGO DE CONSOMÉ PARA LA NOVIAAAA!

—Y tuvo que cambiar su matrimonio... Pobrecita, justo se le tenía que ocurrir a Rodrigo morir ahora.

—Que no te escuche Pablo decir eso, sabes que anda sensible. Más linda la señorita, y ahora será señora cuando se case con Andresito. ¿Quiere algo de comer, *mijita*? ¿Y la niña?

—Qué linda cara tiene. Y unos ojitos preciosos, se parecen a los de la abuela Perla.

—Y tiene una hijita; qué cosita más encantadora.

—Le traeré una manta, mi niña, mire que hace frío aquí, no es como en Santiago.

—¿Dónde ESTÁ EL CONSOMÉ? ¡LA NOVIA TIENE HAMBREEEEE!

Todos estaban siendo muy amables con mi madre; no la dejaron sola en ningún momento y le traían toda clase de comidas, desde consomé hasta arroz con pollo, le ofrecían té, café, dulces y galletas. Todos estaban siendo tan hospitalarios y amables, que ella no podía ni contestar antes de que le pasaran más comida o le dijeran otro halago. En cuanto a mí, me ofrecieron dulces y galletas y me dejaron ver los animales, aunque la estrella de la noche era la prometida de Andrés... o sea, mi madre. Durante los dos días siguientes fue lo mismo: compartir, conversar y conocernos. Cuando nos devolvimos a Santiago, solo podía pensar en volver de nuevo, y mi madre estaba tan encantada que ni siquiera le importó haber roto su dieta estricta. Incluso, dejó de molestarle el hecho de que tuvieran que correr la boda.

Antonia Paz Lagos Novoa
14 años
La Florida
Tercer lugar regional